

La hija-novia y la madre de la novia

Nor Loto

A las tres mujeres de mi vida: mamá, Silvia y Caro.
A la novia Ariela, que pudo y aún no sabe cómo.

Agitada y como pudo, abrió los ojos; palpó su cuerpo y constató que estaba entera. Afortunadamente, solo había sido una pesadilla. Eran las 7:00 a. m. de un viernes y, en pocas horas, daría el “¡sí!” ante un juez. Después de veinte años juntos, se habían decidido a formalizar.

Aquel día no tuvo el mejor despertar: había soñado que se hundía en una ciénaga pero que, finalmente, se salvaba. Esa pesadilla pudo haber tenido un final de tragedia, pero a duras penas lograba sobrevivir. Abrió los ojos, suspiró y miró a su alrededor para asegurarse de que, efectivamente, lo que había vivido correspondía a otra dimensión. Y sí, ya estaba a salvo en su materialidad, en su cuarto desordenado y con un reloj en tiempo de descuento, porque en pocas horas era su casorio. Estaba agitada y sudada, pero viva.

Su casamiento fue la rúbrica de algo que se venía gestando a tropezones. Venían planificando la boda desde hacía tres o cuatro años, pero una pandemia primero y las corridas de la vida después hicieron que un plan tan simple se suspendiera tantas veces que Ariela llegó a pensar que no tendría que hacerlo. Luego se olvidó de lo que ella creía eran presagios y, tras dos décadas de estar juntos, formalizaron.

Para Mariano y Ariela, la idea de casarse se les ocurrió una tarde de 2019 mientras paseaban en el auto. Ella le dijo: «¿Por qué no nos casamos?». Ambos habían pasado los cuarenta y tenían una vida sin formalidades ni apuros. Primero no se casaron porque ella, como buena feminista, no creía en las instituciones y eso de andar con “cosas instituidas” la ponía nerviosa. Muy a su pesar, había hecho una única excepción: postergar la convivencia con Mariano hasta después del fallecimiento de su padre, un hombre muy progresista pero

que no admitía que sus hijas “estén dando qué hablar al pueblo”. Esa fue la excepción, porque para qué añadir más dolor al Viejo, que ya se venía muriendo. Y así, primero formaron una familia de dos y luego decidieron ser tres; por eso llegó Fausto, el hijo amado. Algunos años más tarde apareció Peperino, un manojito de pelo renegrido en cuatro patas cortas, tan hermoso como maldito.

Decidieron casarse como un antojo de embarazo que aparece en la madrugada. Aunque solo era un trámite, Ariela hizo el esfuerzo por poner magia a lo que se supone es el momento soñado por muchas. Casarse, para algunas, es jurar amor para toda la vida. En cambio, ella quería festejar los veinte años de pareja con amigos queridxs y, aun así, quiso algo del rito: que no la vieran con su vestido antes de la boda, ir a la peluquería, tomar champán.

Había comprado un vestido que vio en una tienda Nube; era sexy y romántico, color tiza, de mangas largas, por arriba de las rodillas y con la espalda muy atrevida con un infinito escote en V. Aunque le hubiese gustado estar más delgada, el vestido le quedaba correcto. El día de la boda fue hermoso. Mariano estaba perfecto con un saco azul que ella le había comprado muchos años antes en un viaje de trabajo por México.

Siempre se había jurado que, si algún día se casaba, no lo haría con pompas y mucho menos de blanco e inflada como un merengue. Incluso se le ocurrió ponerse un jean y casarse así, pero se acordó de aquella chica de su pueblo que se casó de jean blanco y no fue feliz en su vida marital. También había jurado no casarse por iglesia ni tener alianzas. Lo primero, por su firme oposición religiosa; lo de la alianza nunca fue una opción. Además, eso de la iglesia y un cura le traía un recuerdo para nada agradable: aquel casamiento de su prima Sandri, la que se casó embarazada e invitó al cura amigo a la fiesta. Durante todo el festejo, la Sandri bailó con el párroco mientras su abuela se horrorizaba y repetía: “Es yeta que un cura baile con la novia” ¡Dicho y hecho! Aquel matrimonio duró cinco semanas y luego hubo seis años penosos de un crío que no conoció a su padre; por eso, para la chusma, se regó una mentira: “El padre está laburando en el monte chaqueño”. Aunque el intento de ocultar la verdad duró poco, porque todo el mundo se dio cuenta de que a la Sandri

la habían colgado. Y lo de las alianzas, no había lugar a dudas: para ella era una señalética social de la que no le interesaba ser parte.

Nada de eso le interesaba. Entonces no hubo pompas, ni alianzas y mucho menos una bendición. Aun así, y tras haber hecho todo lo que pudo para ser una novia digna, Ariela se supo la novia más fea del mundo. No pudo ir a la peluquería, ni hacerse las manos, ni tapar sus ojeras. No pudo porque hubo momentos inciertos que casi hacen suspender la boda. Mery, la madre de la novia, se enfermó y la cosa ya venía mal. Mery vivía lejos, en un pueblo llamado Río Profundo.

II

Meses antes, Ariela no vio bien a su madre. Mejor dicho, nunca la ve bien y se cuestionó si acaso era uno de esos arranques de perfeccionismo que suele tener. A veces hasta se empeña en ese imposible de ver a su madre como ese *animal warrior* que alguna vez supo ser.

Mery no estaba bien. La vio suspirar, sentarse, tocarse la frente, mirar al vacío. La vio y simuló no verla. Unos días antes del casamiento, Mery, caminando, se sintió cansada. Su corazón latía a otro ritmo, más rápido que de costumbre. Se paró. Miró hacia adelante y luego hacia arriba sin saber qué hacer. Se sostuvo de una pared que ocultaba la vista de una casa. Apenas acarició los gajos de rosas chinas que aparecían por aquella tapia; esas rosas siempre habían sido sus preferidas. A ese ritmo, el corazón no busca bellezas en las rosas, sino clemencia. Porque en momentos desesperados, mirar hacia adelante y luego al cielo es pedir auxilio.

Ahora Ariela, la hija-novia, piensa en su madre. En la vida de su madre en pasado y presente; en los cuerpos y las vidas que cuidó y que aún cuida; en la casa que se viene abajo; en sus hermanas; en ella cansada y en sus hijas. Remar y nunca ahogarse es lo que Mery había enseñado. Y ahora era ella la que se estaba ahogando y temía no llegar a la orilla de un mar que, esta vez, estaba revuelto. Hace un tiempo que venía suspirando mucho y lo hacía a cada rato. Y «cada suspiro es como un sorbo de vida del que uno se deshace», decía Rulfo

con tanta razón. Nadie se daba cuenta de que a Mery se le estaba yendo la vida. Incluso le habían pedido más de lo que podía dar.

En medio del colapso, Mery recordaría que había sido feliz aquella vez cuando conoció el mar y había jugado con las olas, tal como lo había soñado cuando era niña. Así como Ariela se hundía en la ciénaga, ella ahora se iba a lo profundo del mar que tanto había amado. Las dos, en una pesadilla, tiraban manotazos para salvarse. Las dos se hundían. Las dos tenían que salvarse.

III

Faltaban dos días para la boda y todo parecía derrumbarse. Suspender todo era lo lógico. Ariela era una novia desesperada y triste. Era una novia sola. Para algunas novias lo peor sería que la plantaran en un altar, pero a esta novia el destino le tenía plantado el tormento de no tener cerca a las mujeres de su vida. Si alguna vez, cuando chica, había soñado con casarse, lo fantaseó de otra manera: más feliz y no así como se estaba dando. Si muchas veces había suspendido la boda era porque la vida no garantizaba las condiciones necesarias para la perfección que siempre busca en todo. Y si alguna vez pensó algo parecido a decir “Sí, quiero”, lo hizo pensando que su madre estaría a su lado. Nada de eso hubo: ni felicidad, ni condiciones ideales, ni madre.

Mariano tenía la firme decisión de suspender todo y Ariela, con sus gritos enfurecidos, le dejó en claro que no se atreviera a dar un paso atrás y que la boda se haría igual; que habían suspendido tantas otras veces y que ahora habían hecho mucho para llegar a este momento.

—Suspendemos todo. Estás triste, es un momento penoso —refutó el novio.

—Mañana te espero en el Registro Civil a las 11:00. Yo voy a estar ahí. Venite y nos casamos. Yo voy a estar esperándote.

IV

Viernes 29 de septiembre. Para el vestido (que estaba segura de que a Mariano lo volvería loco) necesitaba un sostén especial y lo tenía, pero se le extravió. Ariela puteó como lo hace muy a menudo; también trompeó el vestido. Luego maldijo a la vida y al universo entero, que la cagaba a cada rato. Al sostén lo

encontró en una campera que había usado el día anterior y se preguntó qué corno hacía allí la tan preciada prenda.

Al Registro Civil había que llegar antes porque había que modificar el acta ya labrada por un cambio de testigas. Ariela no contaba con sus hermanas para que atestiguaran. La novia había encontrado el sostén, pero no estaba sostenida. Precisamente este sostén ausente era el que le dolía: la ausencia del afecto, las complicidades con sus hermanas y el no poder compartir el recuerdo de aquellos diálogos de las tres en la habitación que compartían cuando eran adolescentes ; la realización de los sueños o cuando iban con Sofi, la mayor de las tres, a probarse vestidos de novia solo por verse dentro de ese atuendo amerengado, o rememorar alguna frase adolescente romántica: “Cuando yo me case quisiera que...”. Quizás también recordar que su muñeca preferida durante su niñez era una que vino vestida de novia y que no la compartía con sus hermanas ni con nadie. ¡Pobre Ariela! ¡Pobre novia!.

El juez dijo que el trámite de hacer una nueva acta le llevaría una hora aproximadamente ; que el acta debía ser reescrita, que eso llevaba tiempo, que esto y que lo otro. “¡Putá vida! ¡Todo me sale mal!”, gritó la novia y se quebró en llanto. Entonces el juez, conmovido, aflojó y el acta se labró en cuestión de minutos.

Ariela estaba agotada y sentía su cuerpo cansado porque la noche anterior había luchado por sobrevivir, por no hundirse en el lodo. Aún estaba agitada y miró al cielo, que se caía en forma de lluvia de arroz. En otro lugar, Mery había llegado a tocar las arenas de tanto nadar en un mar tumultuoso; respiraba aliviada, miraba el cielo raso de un hospital y pensaba en su hija-novia. Las dos se pensaron y, por esta vez, las dos habían sobrevivido y se supieron juntas y cerca como siempre, siempre, lo estuvieron en la vida.